José María González García. *La mirada de la justicia*. Madrid: La balsa de la medusa, 2016, 384 páginas.

En *La mirada de la justicia* González García continúa lo desarrollado en su obra anterior, *La diosa Fortuna. Metamorfosis de una metáfora política*. En ambos casos indaga en las transformaciones de las palabras, los conceptos y las imágenes con las que interpretan, comprenden y expresan la vida y los cambios de la vida social los seres humanos. El trabajo se enmarca en el camino abierto por Aby Warburg y sus continuadores en el análisis iconológico, especialmente en los planteamientos de la iconología de Erwin Panofsky y, más concretamente, con la aplicación de la iconología al análisis de la política que se encuentra en la obra de Martin Warnke y sus colaboradores.

En la introducción, el autor nos adelanta de forma sintética algunos de los conceptos fundamentales que serán desarrollados en los capítulos siguientes. Así, nos recuerda que Justicia, al igual que Fortuna, son mujeres, personificaciones femeninas de conceptos complejos, hecho facilitado por la naturaleza de las lenguas romances en las que todas las personificaciones de concep-

tos abstractos son femeninas. Señala también que la personificación es una peculiaridad del lenguaje metafórico que facilita la representación artística. Asimismo, da cuenta de que la tradición occidental ha representado a la Justicia como una mujer hermosa, vestida con ropajes tradicionales de la época griega o romana, y a la Injusticia como una mujer fea, grotesca y vieja.

El primer capítulo se inicia con la representación de la Justicia en Sumer, luego continúa con la del antiguo Egipto, la del arte griego y la del romano, para finalizar en la propia de la Edad Media. En este recorrido encontramos datos tales como que la primera representación gráfica de la Justicia corresponde al periodo acadio en Babilonia, entre los años 2350 y 2100 A.C., donde aparece por primera vez una balanza relacionada con la Justicia, con una justicia divina que equivale a la mirada del sol y la luz que todo lo penetra. Los tres símbolos –la balanza, la mirada penetrante que todo lo atraviesa, la equiparación entre sol y justicia– van a tener una larga historia en toda la cultura de occidente.

También de la misma cultura mesopotámica, desde el punto de vista de la iconografía jurídica, el autor refiere la estela de diorita con la forma de un enorme dedo índice de 2, 25 metros de altura en el que el código de Hammurabi está escrito con escritura cuneiforme en el lenguaje de los acadios. Ya en el antiguo Egipto de los faraones es la luz del sol la que simboliza la verdad y la justicia encarnadas en la diosa Ma'at.

No es casual que sea en el mundo griego donde más se detiene en este capítulo González García, en tanto es allí donde hay diversas y ricas fuentes de representación de la Justicia: el escudo de Aquiles y el famoso pasaje en el que Zeus pesa en el canto XXII las almas del héroe aqueo y del troyano en *La Ilíada*, luego los himnos órficos, la filosofía de los presocráticos y la platónica y finalmente la tragedia griega (referida en dos imágenes de la cerámica ática), van dándole forma a distintas figuraciones de la Justicia. Como ejemplo de este derrotero valga el siguiente, extraído de los poemas homéricos, que se perderá más tarde para reaparecer de nuevo en la iconografía del Renacimiento: la rodilla como símbolo de piedad y clemencia. En el mundo romano es

en las monedas acuñadas por los emperadores en las que los motivos de Justicia o Equidad en el reverso con su propia efigie, muestran cómo la Equidad forma parte del culto al emperador. Finalmente, en la Edad Media, la figura más relevante de la Justicia divina es el Juicio Final, figurado ya sea tanto en la pintura como en la entrada principal de las catedrales.

El segundo capítulo, que abarca desde fines de la Edad Media hasta comienzos del Renacimiento, está dedicado a los efectos de la introducción de la venda en los ojos de la Justicia en su figuración. Esto, según el autor, inaugura una segunda tradición de la iconografía en la que la venda fue comprendida como injusta precisamente porque negaba la capacidad de la Justicia para verlo todo. La encontramos por primera vez en un grabado atribuido a Durero, publicado en el libro de Sebastian Brant *La nave de los necios* en 1494: es justamente un necio quien pone por primera vez a la Justicia una venda en sus ojos. A continuación, se da cuenta de una tercera tradición que es la que supone la metamorfosis en la que la venda se transforma en un símbolo positivo de igualdad de todos los

individuos ante la ley. En este proceso resultan fundamentales las disputas del Renacimiento en Alemania en torno a la Reforma protestante y sobre la introducción del Derecho romano que se impondrá a las formas de derecho consuetudinario en la organización de los tribunales y en la impartición de justicia.

Finalmente, el capítulo tres titulado "Otras tradiciones sobre las miradas de la Justicia: ojos extraordinarios, velos transparentes, doble rostro de Jano, los regresos de Astrea, *el ojo de la ley*" da cuenta de cuatro tradiciones: la que relativiza la importancia de la venda insistiendo en su transparencia; la que consiste en la representación de la injusticia como parcialidad, quitando la venda a uno solo de los ojos; la que propone a la Justicia con los

ojos cerrados por sueño, muerte, llanto o por rechazo de la violencia ejercida en su nombre; finalmente, la última tradición pinta a la Justicia con los dos rastros del dios Jano, uno con venda en los ojos y otro sin ella.

La mirada de la justicia cumple absolutamente su cometido de indagar en la forma en que Occidente ha ido configurando la imagen de la Justicia. De forma exhaustiva pero amable, con abundante documentación por demás necesaria, nos propone un viaje a través de más de 4000 años en el que las imágenes resultan refrescadas y revitalizadas, emulando la frescura de los cabellos de la ninfa de Warburg.

María Jimena Vignati
UMSA-UADE